

LIBROS

Gaizka Fernández Soldevilla
y Ana Escauriaza Escudero

DINAMITA, TUERCAS Y MENTIRAS. EL ATENTADO
DE LA CAFETERÍA ROLANDO

Sigrid Nunez
LOS VULNERABLES

Mathias Enard
DESERTAR

Antonio Cazorla Sánchez
LOS PUEBLOS DE FRANCO. MITO E HISTORIA
DE LA COLONIZACIÓN AGRARIA EN ESPAÑA,
1939-1975

Jazmina Barrera
LA REINA DE ESPADAS

ENSAYO

Viernes y 13 en la cafetería Rolando

por **Josu de Miguel**



**Gaizka Fernández Soldevilla
y Ana Escauriaza Escudero**
DINAMITA, TUERCAS Y
MENTIRAS. EL ATENTADO
DE LA CAFETERÍA
ROLANDO
Madrid, Tecnos, 2024,
256 pp.

Cuando estaba en cuarto de carrera, avanzada la década de 2000, un profesor de la Universidad del País Vasco dedicó una clase a hablar de las razones y motivaciones de los jurados populares. Citó un libro de Eva Forest sobre el caso del etarra Mikel Otegi, que en 1995 asesinó a sangre fría a dos ertzainas y después fue absuelto por un jurado popular en la Audiencia Provincial de Guipúzcoa por sufrir enajenación transitoria y no ser dueño de sus actos. Aquella historia da para otro libro. El caso es que el profesor en cuestión, delante de alumnos que no superaban la veintena, apuntó que Forest había sido detenida y acusada por el atentando de la cafetería Rolando, un establecimiento cercano a la por entonces Dirección General de Seguridad del

Estado. Por lo que fuera, creyó conveniente añadir “imaginaos la gente que circulaba por allí”.

Me intrigué y de vuelta a casa me metí en internet para indagar sobre aquellas horrosas palabras. Ya por entonces era posible obtener en la red mucha información de aquel atentado. Habían muerto trece personas y resultado heridas alrededor de setenta. Los fallecidos eran casi todos “civiles” y entre los heridos –auténticos mutilados por los efectos devastadores de la explosión– sí había algunos miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. “La gente que circulaba por allí” eran mayormente turistas, comensales habituales de esa cafetería y otros locales adyacentes, funcionarios de diversos ministerios y trabajadores de la restauración. También niños. Corría el año 1974 y ahora se cumplen cincuenta años del primer atentado indiscriminado de ETA, atentado que solo fue reconocido y reivindicado en un boletín interno de la banda –*Zutabe*– en 2018, justo antes de que se disolviera.

Gaizka Fernández y Ana Escauriaza son dos historiadores jóvenes vinculados al Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo dirigido por Florencio Domínguez que llevan años investigando y divulgando con gran

acierto la producción y los efectos del terror en las sociedades democráticas. Este libro, muy bien escrito y con gran rigor historiográfico, es un ejercicio memorialístico porque referencia un acontecimiento de violencia ciega que, sobre todo, tuvo efectos brutales en víctimas inocentes. Tradicionalmente, esas víctimas han sido consideradas por la historia daños colaterales condenados al anonimato y el olvido. La microhistoria desplegada en este trabajo nos sirve para recordar y homenajear las vidas truncadas de ciudadanos que tenían un presente y un futuro cancelado por la ofuscación ideológica y que, además, no fueron cuidadas y compensadas por el Estado que debía garantizar su seguridad y sus derechos más elementales.

En 1974 ETA estaba en crisis y ya se vislumbraba que había un aparato político más proclive a adaptarse a las consecuencias de la desaparición del franquismo y otro militar que creía que el cambio democrático en España no solo era imposible sino indeseable. Eran los tiempos, como se pone de manifiesto en el libro, de un terrorismo de extrema izquierda y extrema derecha que azotaba sobre todo a Europa por la expansión de un pensamiento que creía inevitable usar la violencia para propiciar transformaciones sociales

y económicas. ETA ya formaba parte entonces de una internacional terrorista que compartía ideas, medios y financiación con los Montoneros, el IRA y movimientos de liberación nacional del tercer mundo. Las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado no supieron ni pudieron detectar el peligro de un posible atentado en Madrid, no solo porque ETA operaba fundamentalmente entre el País Vasco y Francia, sino porque no contaba con una estructura modernizada para hacer frente a una forma de violencia terrorista nueva y en cierta forma sofisticada. Fernández y Escauriaza cuentan, por ejemplo, que la mayor parte de los policías que se dedicaban a investigar el terrorismo en aquella época eran pluriempleados porque el sueldo principal que recibían no les daba para sacar adelante a sus familias.

El año anterior del atentado de la cafetería Rolando ETA había asesinado a Carrero Blanco en una acción espectacular conocida como Operación Ogro. Dicha operación se convirtió en un libro de éxito —al principio distribuido y vendido en la clandestinidad— escrito por Eva Forest, que participó en el atentado dando apoyo a los etarras. De chaval, la primera vez que tuve noticia de esa obra fue gracias a una colección de literatura vasca que regalaba el *Egin* patrocinada por una conocida marca de pacharán. Forest, la protagonista indiscutible del libro de Fernández y Escauriaza, colaboró directamente en el atentado de la cafetería Rolando, eligiendo el objetivo, dando cobertura previa a los terroristas y ayudándoles a escapar una vez ejecutada la salvajada. Para ello usó la estructura de un fantasmagórico Frente Popular de Liberación compuesto por amigos burgueses y bien formados de la capital que se dejaron engañar para apoyar a los luchadores vascos que venían a instaurar la dictadura del proletariado.

Tras el atentado Forest fue detenida y seguramente torturada (Billy el Niño circulaba por allí). Entre medias, delató

a todos sus compañeros y reconoció a los dos etarras que habían venido desde Francia para poner la dinamita con tuercas en la cafetería: Bernard Oyarzabal y María Lourdes Cristóbal. Estos no pagaron nunca por el atentado, no solo porque Francia no extraditaba a etarras, sino porque la Ley de Amnistía declaró el olvido jurídico de los hechos. Eva Forest salió de prisión en junio de 1977, tras las primeras elecciones democráticas, entre vítores de amigos y familiares. ETA comenzó entonces el episodio de desmemoria y manipulación que ha persistido hasta 2018, desentendiéndose del atentado y poniendo en circulación la leyenda de que había sido cometido por el franquismo para justificar sus actos represivos contra el pueblo vasco. Este relato lo compraron Carrillo, el PCE y casi toda la izquierda vasca, española e internacional que entonces y después ha preferido equivocarse con la revolución que tener la razón con la verdad y las víctimas.

A instancias de la dirección de la banda, Forest mantuvo desde la salida de la prisión su absoluta inocencia, aunque ya en 1981 Lidia Falcón, también detenida y torturada por su presunta colaboración en el atentado, publicó un libro —*Viernes y B en la calle del Correo*— en el que ratificaba los hechos apuntados en unos sumarios judiciales que terminaron abandonándose por el lío de jurisdicciones producido con el cambio de régimen. Eva Forest se trasladó a vivir a Hondarribia con su pareja, el dramaturgo Alfonso Sastre, donde pudieron seguir su huida de la realidad amparados por el sórdido mundo moral que les proporcionaba la izquierda abertzale. Mucho me temo que ni siquiera libros serios y documentados como el aquí reseñado cambien mucho las cosas en determinados círculos ideológicos en los que aún hoy predomina la conspiración y el imaginario idealista de la violencia. A los hechos nos remitimos.

En Vitoria, cerca del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo,

hay una librería que lleva por nombre Eva Forest, suponemos que en homenaje a la escritora e intelectual madrileña. Mi País Vasco no tiene remedio. Por otro lado, la editorial Sternberg Press, radicada en Londres, acaba de publicar en inglés las memorias carcelarias de Forest, tituladas *A strange adventure*. Merece la pena reproducir parte del infumable texto de presentación de la obra que puede leerse en la página web: “Emergiendo de un espacio y un tiempo que muchos prefieren olvidar, *A strange adventure* es testimonio de la resiliencia, la humildad y el poder de un grupo de mujeres que rechazan la represión, que encuentran la vida en la colectividad y que hablan entre ecos, silencios y gritos” (traducción nuestra). Penoso ejemplo de la guerra cultural que padecemos, donde la batalla por el control moral del pasado —memoria democrática— tiene como objetivo gobernar un presente confuso que solo puede ser ordenado con libros honestos y rigurosos como este. ~

JOSU DE MIGUEL es profesor titular de derecho constitucional en la Universidad de Cantabria. Este año ha publicado *Amnistía. Una ley para olvidar* (Athenaica).

NOVELA

La mujer, el joven y el guacamayo

por **Aloma Rodríguez**



Sigrid Nunez
LOS VULNERABLES
 Traducción de Mercedes Cebrián
 Barcelona, Anagrama, 2024,
 202 pp.

La primavera más vacilante que se ha vivido, al menos en el primer mundo y todos a una, fue la de 2020. Sigrid Nunez (Nueva York, 1951) toma prestada la frase inicial de *Los años* de Virginia Woolf, “Era una primavera

vacilante”, para abrir su novela más reciente: *Los vulnerables*, traducida con gracia por Mercedes Cebrián. Pero *Los vulnerables* no va de Virginia Woolf, ni de la primavera exactamente, aunque sí de la de 2020, va de vacilaciones y de dudas, y es un libro elusivo desde el mismo inicio. Está construido a base de digresiones, como si se negara a enseñar su naturaleza, quizá porque la va buscando en el proceso de escritura, quizá porque sea así como le ha salido esta novela, la novena que publica, la tercera que se traduce al español (después de *El amigo* y *Cuál es tu tormento*, cuya adaptación cinematográfica le ha valido a Pedro Almodóvar el León de Oro en el Festival de Venecia), además de *Siempre Susan. Recuerdos sobre Susan Sontag* (en Errata naturae, con traducción también de Cebrián).

La primera de las digresiones de *Los vulnerables* tiene que ver con la cita y la frase de la primavera, pero aún no cuenta por qué se acuerda de la “primavera vacilante”. Antes habla de esa novela de Woolf, de su propio cambio de parecer con el paso del tiempo no con respecto a la novela de Woolf sino con lo que es importante en la lectura, habla de lo desaconsejable que es empezar una novela hablando del tiempo, según las reglas de la escritura y de que a Oscar Wilde le parecen “poco imaginativos” quienes hablan del tiempo. Es la primavera de 2020, y “las magnolias que hacían asomar sus pétalos y —tan dolorosamente pronto, como me parecía cada año, pero nunca tanto como en la primavera de 2020— que mudaban sus pétalos”, dice para abrir una nueva digresión y ponerse a hablar de los nombres de las flores.

La novela se construye con materiales diversos: recuerdos de infancia que son una ocasión para reflexionar sobre el amor y los gestos y cómo han ido cambiando algunos comportamientos en sociedad con respecto a eso, otros recuerdos no de juventud, sino de un entierro y un grupo de

amigas que conversa y comenta lo que sucede. Está hecha también de mucha literatura, contiene el retrato lector de Nunez. Y aparece también en la trama de la novela: una de las amigas de una amiga editora de la narradora le pide que pase por su lujoso apartamento en Nueva York para alimentar y entretener a Eureka, un guacamayo regalo de su marido, porque el joven que se encargaba de hacerlo, hijo de un matrimonio amigo, ha dejado la ciudad. El asunto se complica cuando la narradora se instala con el guacamayo y el joven, al que ella decide llamar Cardo, regresa al apartamento y empieza la convivencia. La mujer no quiere coincidir con él al principio, ella está atravesando una especie de temporada baja. Poco a poco, crearán un terreno común facilitado por los porros y el helado sin lactosa que compra él.

La novela de Nunez sugiere muchas preguntas, no todas se llegan a enunciar porque es una escritora de una inteligencia elegante, que deja espacio al lector para que complete y haga su propia reflexión. Una pregunta evidente que surge es quiénes son los vulnerables. En ese sentido, el libro puede leerse como una galería de vulnerables: el niño enamorado que llegó nuevo al colegio, la mujer que muere, la familia que deja, la narradora y sus recuerdos, la médico, el guacamayo, su dueña, embarazada en pandemia, el joven, hijo único peleado con sus padres...

Otra de las preguntas tiene que ver con la escritura: “Durante un tiempo, cuando me sentí incapaz de leer, no sabía si lograría volver a escribir: una de las muchas incertidumbres de aquella primavera”, escribe. A propósito de las relaciones entre lo escrito con la vida, del valor de verdad, recuerda “Hacia Belén”, el famoso ensayo de Joan Didion sobre las drogas y los *hippies* donde aparece la escena en que llevan a Didion a enseñarle a la niña puesta de ácido. Desde la facultad, Nunez sospecha

que le tomaron el pelo a la periodista: “esta republicana absolutamente fuera de onda, con su falda y su blusa de señora, sus medias y sus tacones, y con su bolsito a cuestras, que llega a San Francisco, ‘donde los chavales que desaparecían se juntaban y se llamaban a sí mismos *hippies*’ por encargo de su revista conservadora de clase media”; “Asegurarles a los mojigatos y los crédulos que los rumores eran ciertos [...] era parte de la diversión”, escribe Nunez. Su tesis no obtuvo el visto bueno del profesor que le encargó un trabajo sobre el texto: Didion era demasiado inteligente para que la engañaran. Lo que viene a sugerirnos es que nuestra visión de la realidad está contaminada, ver la verdad es muy difícil.

Los vulnerables está dividida en dos partes con un “Interludio” juguetón que reúne citas de escritores sobre algunos problemas muy concretos relacionados con escribir. Este ir y venir de la novela al ensayo con las citas, con la erudición masticada y dispuesta sin abrumar, es la forma del libro, inspirada en el proyecto original de Woolf para *Los años*, una novela-ensayo que luego acabaron siendo dos libros. *Los vulnerables* es un libro sobre cómo leemos, escrito cuando su autora pensaba que no sería capaz de leer. La narradora recuerda la idea de una amiga escritora: “Elegía más comedia, dice, es la única manera de expresar cómo vivimos hoy. Y que algo no sea divertido en la vida real no significa que no pueda escribirse sobre ello como si lo fuese. Lo cómico puede que sea incluso la mejor manera de escribir sobre ello.” *Los vulnerables* tiene partes elegíacas, partes cómicas y comenta algunas derivas absurdas del mundo cultural; es una novela escurridiza y extraña, puede que no hubiera otra forma de atrapar esa primavera vacilante. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2024 ha reeditado *Los idiotas prefieren la montaña* (La Navaja Suiza).

NOVELA

Las matemáticas de la historia

por Zita Arenillas



Mathias Enard

DESERTAR

Traducción de Robert Juan Cantavella
Barcelona, Literatura
Random House, 2024,
214 pp.

Paul Heudeber, un matemático de la República Democrática Alemana, iba a ser el único protagonista de *Desertar*, la última novela de Mathias Enard (Niort, Nueva Aquitania, 1972). Pero entonces Rusia invadió Ucrania y Enard, premio Goncourt en 2015 por *Brújula*, tuvo que modificar su proyecto. Volvían los tanques a Europa, para apuntalar un discurso imperialista mal digerido y renacido.

En *Desertar* se alternan dos relatos aparentemente inconexos. Por un lado, la biografía ficticia de Paul Heudeber, autor de *Las conjeturas de Ettersberg, elegías matemáticas*, reputado texto en el que se mezclan la experiencia del autor como detenido en Buchenwald y su conocimiento de los números; un texto literario y al tiempo científico que abrió caminos a generaciones posteriores, que incluso engendró obsesiones. Por otro lado, hay un desertor anónimo de una guerra y en un tiempo inespecíficos (se deduce que del siglo xx: hay aviones, hay obuses), probablemente en el Mediterráneo. Pero entre ambos relatos sí hay reverberaciones, más o menos evidentes. Con su ya más que reconocible estilo, erudito y poético, casi musical en ocasiones, Enard hace que en las páginas de *Desertar* se escuchen los ecos de la historia, sus patrones y sus repeticiones, sus compases.

Irina es la principal narradora de una de esas dos partes de *Desertar*. Habla desde hoy —hace referencias a la pandemia de covid-19 y su teléfono le informa puntualmente de los ataques

rusos en Ucrania—, pero su narración arranca el 10 de septiembre de 2001, en un barco en el Spree, donde se va a celebrar un homenaje a su padre, fallecido en 1995. Arranca ahí pero luego retrocede y avanza en el tiempo, cede su voz a Paul, al reproducir algunas de sus cartas a Maja, madre de Irina. También incluye citas de su propio diario. “Estas últimas semanas vivo completamente encerrada en el recuerdo de mis padres, como estancada en el siglo xx, sin lograr salir de él”, dice. Y en esa clausura, gracias al informe sobre su madre de la Hauptverwaltung Aufklärung (el servicio de inteligencia en el exterior del Ministerio de Seguridad del Estado de Alemania Oriental) que ha conseguido, descubrirá otro pasado, dinamitando el suyo.

Porque la historia de Paul y de Maja encarna una parte de la del siglo pasado. Ella se marchó de la RDA y se pasó a la otra Alemania, para hacer carrera en política, en el Partido Socialdemócrata Alemán; “es una figura de la Resistencia y la Democracia”. Se separaron e Irina iba de un lado a otro del muro. Él, que se quedó en el Berlín oriental, “caminaba sobre dos piernas: el álgebra y el comunismo”. En la fachada del edificio donde vivía había un elefante en bajorrelieve. Cuando, de niña, Irina le preguntaba a su padre por qué estaba allí, entre otras explicaciones absurdas le contestaba: “Es para indicarles a los transeúntes que este edificio y sus habitantes tienen la fuerza del falansterio; que avanzamos obstinadamente hacia la utopía.” A Paul Heudeber, que había estado primero internado en un campo al sur de Francia, escapó y luego pasó varios años en Buchenwald, le hundió ver cómo “los soviéticos se iban convirtiendo cada vez más en enemigos del socialismo real, como lo fueron en tiempos de Stalin”. Pero nunca abandonó sus ideales y su casa, ni siquiera para seguir a Maja. Solo los números le daban paz, una explicación. Al final, ni eso. Creía que el álgebra le salvaría del trauma del campo de concentración, pero no.

Está la Segunda Guerra Mundial, está la Guerra Fría, está la guerra de Ucrania —también están las guerras de la antigua Yugoslavia—... Y entonces, mientras se celebra el homenaje a Paul Heudeber, dos aviones secuestrados por terroristas de Al Qaeda se estrellan contra las Torres Gemelas, y otro contra el Pentágono. El mundo se paraliza y contiene el aliento. El homenaje se suspende. E Irina (es decir, Enard), hila más fino aún el tejido de la historia: Nasiruddin Tussi, filósofo y matemático persa del siglo xiii al que ella había dedicado su tesis doctoral y de quien iba a hablar en el homenaje a su padre, se unió a los mongoles de Hulagu Khan y fue testigo de la brutal destrucción de Bagdad en 1258. Irina recuerda esos hechos históricos precisamente el 11S, en una especie de premonición: “Yo, aquella tarde y aquella noche del 11 de septiembre de 2011, frente a la isla de los Pavos Reales en Wansensee, pensaba en la caída de Bagdad en una especie de triste ensoñación, la cabeza llena de imágenes de destrucción de Nueva York, sin por supuesto imaginar que unos años más tarde Bagdad sería destruida de nuevo.”

La atemporalidad del otro relato de la novela, la del desertor anónimo, funciona como sublimación de la otra. Uno de los puntos donde se tocan: tanto para el soldado como para el matemático, “la memoria son aguaceros que repeler, granizo interior”. Despojándolo de fechas y lugares, este segundo relato eleva la dureza de la guerra y de la violencia hasta convertirla en una letanía que siempre se escucha de fondo. El estilo de esos capítulos es diferente, más lírico, las frases se convierten en versos; la voz narrativa principal, que a veces habla a un “tú”, se alterna con la del soldado y la de una paisana que este se encuentra en su huida. Es una narración inconcreta y al mismo tiempo cargada de significado, e invita a la esperanza. Si por un lado, cuando se trata de Paul Heudeber, asombran los conocimientos matemáticos de Enard (imposibles de seguir

para un forastero en la materia), aquí el lector se deleita en las descripciones de una naturaleza implacable, para bien y para mal, en la que hay cactus con “lenguas de monstruo, verdes y punzantes”, asfódelos, clemátides, diente de perro... Una naturaleza que también invita a la esperanza, porque destruye y al mismo tiempo salva. Y que invita a preguntarse: ¿es posible desertar solo de una parte de la vida?

Desertar es un texto exigente y cautivador. Enard vuelve a hacer gala de su vastísima cultura, deja entrever su pasión por Oriente Medio. Y, de nuevo, demuestra que la historia no es una sucesión de eventos estancos, sino un fluir continuo. “Todos los hilos de la historia parecían reunidos en una mano única”, dice Irina, la hija de Heudeber; la misma sensación se tiene al leer esta novela. ~

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

HISTORIA

Beveridge en Madrid y los kibutz franquistas

por **Ricardo Dudda**



Antonio Cazorla Sánchez
LOS PUEBLOS DE FRANCO.
MITO E HISTORIA DE LA
COLONIZACIÓN AGRARIA
EN ESPAÑA, 1939-1975
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2024, 264 pp.

El 25 de marzo de 1946, el político británico William Beveridge aterrizó en el aeropuerto de Barajas. Venía a España invitado por Fernando María Castiella, decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central, y el director del Instituto Nacional de Previsión (INP), Luis Jordana de Pozas, que había

viajado el año anterior a Londres para conocer el nuevo Estado de bienestar británico influido por el Plan Beveridge. El político laborista acudía a Madrid para dar tres charlas con motivo de la inauguración de la cátedra de Seguros Sociales de la Universidad Central. La respuesta fue “apabullante”, como dice el investigador Arturo Álvarez Rosete, autor del artículo académico “¡Bienvenido, Mister Beveridge!” El viaje de William Beveridge a España y la Previsión Social Franquista”, a pesar de que el contenido de sus conferencias no era precisamente cercano a la ideología del régimen en el momento. Acudieron dos ministros, la sala estuvo llena los tres días, y la prensa cubrió ampliamente no solo sus charlas sino su periplo por Madrid y alrededores.

En la primera conferencia, Beveridge defendió el papel del Estado en la orientación de toda la política económica hacia el objetivo del pleno empleo. En la segunda, describió lo que consideraba que es una “sociedad libre”, en la que existe libertad de conciencia, de opinión, hay alternancia de gobiernos y pluralidad política: “una sociedad en la cual hay un solo partido no es una sociedad libre”. Hubo aplausos pero también abucheos. Beveridge se defendió diciendo que solo estaba expresando su opinión y que no quería entrar en política. En la tercera, explicó su teoría de la Seguridad Social, que es “la seguridad de los individuos, organizada o fomentada por el Estado, frente a los riesgos que puedan sobrevenirles, e incluso cuando la situación general de la sociedad sea satisfactoria”. Resumió su tesis con una explicación más coloquial: “lo que se busca es que todos puedan comer pan siempre, no que algunos coman pasteles de vez en cuando”.

Aunque Beveridge insistió en que su visita no fue política, sus declaraciones a la prensa, tanto la española como la británica, sí lo fueron. En una entrevista en Radio Nacional, dijo: “A pesar de cuanto se me había

dicho he podido hablar aquí con perfecta libertad.” Y añadió: “Todo el mundo puede hablar con esta misma libertad, del mismo modo que en Inglaterra.” Precisamente la prensa española censuró la parte de su conferencia en la que definía lo que era una sociedad libre. A su vuelta a Reino Unido, declaró a *The Times*: “la mayor parte de la gente, incluso aunque no les gustase el gobierno de Franco, le agradecen al menos el tener orden y el estar libres de los asesinatos anarquistas”. Poco después, recomendó a los países democráticos que fueran más “amistosos en nuestro trato con España”, donde “existe una libertad mucho mayor que la que hay en Polonia y Rusia”. En esas declaraciones se pueden adivinar ya los contornos de la Guerra Fría y la posición que acabaría teniendo el régimen franquista en ella: su anticomunismo acabaría importando más que su autoritarismo. Al mismo tiempo, Beveridge también escribió un artículo en *The Observer* titulado “¿Cómo deshacerse de Franco?”. En él explicaba algunas estrategias para restaurar la democracia en España, aunque consideraba que el franquismo no era una dictadura totalitaria y en ella existían todavía algunas libertades civiles.

Al régimen esos matices no le importaron mucho. Lo importante era que una eminencia del extranjero había visitado el país. España estaba en un momento internacional delicado. En febrero de ese año, Francia cerró sus fronteras. Unos meses después, Francia, Reino Unido y Estados Unidos firmaron la llamada “nota tripartita”, en la que pedían la renuncia de Franco y el establecimiento de un gobierno provisional. A finales de 1946, la ONU aprobó una declaración en la que se excluía a España de la organización y se invitaba a la retirada de embajadores del país. La visita de Beveridge era una buena maniobra de propaganda, y más si luego el invitado hablaba relativamente bien del régimen de vuelta a casa.

Pero el impulso inicial de su invitación no fue exclusivamente propagandístico. Había miembros del régimen que tenían un interés genuino por el Plan Beveridge y por su sistema de seguridad social. Era una época, como expone el historiador Antonio Cazorla Sánchez en su nuevo libro *Los pueblos de Franco. Mito e historia de la colonización agraria en España, 1939-1975*, en la que el régimen tenía una clara retórica de justicia social (su traslación a la práctica es otra cuestión). En un discurso previo a los seminarios, Luis Jordana de Pozas, el director del INP, dijo: “El régimen español de Seguros Sociales se anticipó en importantes extremos a algunas de las recomendaciones del Plan Beveridge y gracias al desarrollo que el Movimiento Nacional ha impuesto en la legislación laboral, ocupa un puesto de avanzada en la lucha por la Seguridad Social.” Como ha escrito Nicolás Sesma en *Ni una, ni grande, ni libre. La dictadura franquista* (Crítica, 2024), “lógicamente, la cobertura social que proporcionaba el Estado franquista no tenía absolutamente nada que ver —ni en cuanto a su volumen, ni en cuanto a su misma naturaleza, organizada a través de seguros mutualistas y arraigada en la tradicional caridad cristiana— con la que estaba construyéndose en los países democráticos”. Pero eso no significa que no hubiera interesados en aplicar ideas parecidas en España. En su estudio sobre la visita de Beveridge a España, Arturo Álvarez Rosete dice que Jordana de Pozas, director del Instituto Nacional de Previsión, “pretendía que las ideas de Beveridge captaran la atención de los actores políticos y se consiguiera su apoyo definitivo a un plan unificado de seguros sociales bajo el monopolio exclusivo del INP”. Según Rosete, la lucha política entre las familias del régimen impidió una unificación que “hubiese colocado a España a la cabeza de las reformas mundiales de seguridad social”.

Hubo intentos y fracasos “bienestaristas” parecidos durante el franquismo. En *Los pueblos de Franco* aparecen

varios ejemplos de una retórica de “justicia social” que no tiene luego una aplicación práctica. El libro de Cazorla es un estudio académico sobre los pueblos de colonización, uno de los proyectos de la dictadura para mejorar la situación del campo: el régimen buscaba campesinos afines al régimen (“de buena moralidad”) y poco conflictivos para colonizar zonas agrarias infraexplotadas. Como dice el autor, se asentó a unos 40.000 colonos en unas 30.000 casas en trescientos pueblos que se crearon *ad hoc* (la arquitectura racionalista de algunos de ellos es muy interesante). Pero “ni los asentamientos de campesinos, ni por supuesto la redistribución de la tierra que llevó a cabo el INC [el Instituto Nacional de Colonización] fueron suficientes para cambiar la estructura social o económica del agro español”, que era lo que realmente hacía falta.

Los pueblos de colonización sirvieron, sobre todo, como instrumento de propaganda del régimen para vender su “valiente política de justicia social”, en palabras del dictador. En los años cuarenta y cincuenta, Franco hablaba mucho en estos términos. En un discurso en Jaén en 1951, echó la culpa de la pobreza “al dejar hacer del liberalismo español”, a los caciques y a los “explotadores del hombre por el hombre”. En otro discurso, también en Andalucía, habló de que “nuestro Movimiento político es de liberación de los humildes”. En 1947, Evita Perón visitó el país y Franco se alineó con su discurso que combinaba el nacionalismo, el populismo y el autoritarismo. Con la mujer de Perón, visitó zonas rurales en las que repartió supuestos títulos de propiedad a colonos agrarios. En esos años, el dictador se vendió como el gran benefactor del campo español; la realidad es que los salarios agrícolas no recobraron el nivel previo a la guerra hasta 1962.

La combinación de clientelismo, corrupción, falta de fondos, presión de los latifundistas y un cambio de modelo productivo en España (donde

el papel del campo fue gradualmente dejando de ser tan importante) limitaron mucho el plan. Igual que ocurrió con el proyecto de seguros sociales del régimen, el de la colonización también murió a pesar de sus iniciales buenas intenciones. La historia del franquismo está repleta de ejemplos así: una mezcla de cinismo e ingenuidad, de corrupción desde arriba y preocupación sincera de instancias inferiores (en el libro de Cazorla aparecen miembros del régimen y expertos peleando por una distribución más justa de la tierra y para que el plan de colonización funcione), de retórica de justicia social y defensa de los privilegiados, de disputas entre reformistas y fundamentalistas, de retórica grandilocuente e incompetencia. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

BIOGRAFÍA

Gilmore girls, revisited

por **Malva Flores**



Jazmina Barrera
LA REINA DE ESPADAS
Barcelona, Lumen, 2024,
272 pp.

En el 199 del bulevar Victor Hugo, en París, la luz doraba, aún más, los cabellos de Elena Garro, que posaba en su balcón para una sesión fotográfica. En ese mismo sitio le habían tomado otras placas —en bikini, con un vestido estampado o con *Finki* Araquistáin—. Allí también, en la misma esquina de ese balcón, Helena Paz Garro había aparecido de abrigo y caperuza, probablemente en el otoño o invierno de 1946, según observo en la biografía visual de Elena Garro, *Yo solo soy memoria*, de Patricia Rosas Lopátegui. La imagen

que me interesa fue publicada por primera vez en uno de los libros centrales para entender qué pasó con Elena Garro, *Debo olvidar que existí*, de Rafael Cabrera. Con un vestido negro, transparente, Garro aparece en tres fotografías que permiten observar sus largas, delgadísimas piernas y su ropa interior, también de color negro. En una de ellas sonríe con amplitud; en otra, recargada sobre un muro, se le observa triste. La que fue elegida como portada de *La reina de espadas*, de Jazmina Barrera, es perfecta para mostrar la “fragilidad” de la modelo. En esa, Garro parece que observa la avenida, pero todo su cuerpo emite la sensación de algo hermoso, quebradizo, trágico. El contraste con el título del libro no puede ser más eficaz.

Quisiera no decirle Garro, sino Elena, como lo hace Barrera —a quien también quisiera decirle Jazmina—, pero una voz en la cabeza me detiene pues la autora dice que “es una práctica machista común la de referirse a los hombres por el apellido y a las mujeres por el nombre, excluyéndolas de la vida pública”. Ella la llama Elena, aunque explica que lo hace porque tiene una “relación afectuosa” con su fantasma, “porque es un apellido lindo y porque con él sí, todavía, siento una respetuosa distancia”. Esa respetuosa distancia es propia de su condición, pues en este doble desahogo —la reseña de algunos muy seleccionados momentos biográficos de Garro y de los suyos propios— se convertirá en “embajadora” de la autora de *Andamos huyendo*, Lola en los pasillos y jardines de la Firestone Library de la Universidad de Princeton, donde hace sus pesquisas junto con otros “embajadores” (de Pizarnik, Pitol, Donoso y otros).

Desde sus primeras páginas, Barrera nos informa su propósito, sutilmente enmascarado en la descripción de la obra de Garro, cuyas historias, dice, son de las que “denuncian la violencia contra las mujeres, que retratan la mente infantil con

un entendimiento asombroso, que muestran sin tapujos la perversión del gobierno, el racismo, el clasismo, y la lucha y resistencia de los pueblos indígenas”. Subida en la ola provechosa de la denuncia, Barrera se lanza a escribir por encargo “un ensayito biográfico modesto” sobre una autora de la que nada sabía porque nadie le había dicho lo extraordinaria que era esa mujer que se convierte en su personaje. Pero nos advierte —y durante todo el libro insiste en ello— que su personaje es confuso y contradictorio. Se trata de una mujer pueril, fantasiosa o mentirosa, “porque con ella cuesta mucho trabajo separar los hechos de la mentira”.

Aunque a Garro “le daba por tergiversar la historia”, Barrera sigue adelante. No muestra nunca esas tergiversaciones —documentadas ampliamente por la crítica—; da por hecho las historias que su personaje narra a distintas personas o pone como muestra de las infamias sufridas por Garro fragmentos de su diario, de cartas, las memorias de su hija, entrevistas, etc. Convenientemente, intercala también citas de las obras de Garro que, editadas así, aparentan verdades no ficcionales. A falta de notas a pie de página —que habrían mostrado el enorme volumen de citas en el libro—, la editorial realizó un buen trabajo de diseño, de modo que uno puede saber de dónde vienen los párrafos pues se señalan en los márgenes. Si uno revisa las “Fuentes, charcos y manantiales” del libro, podrá encontrar una pequeña lista —considerando la enorme bibliografía crítica que Garro ha suscitado— donde los “garristas y los “no garristas” están representados. No ocurre eso en el uso de dichas fuentes, aunque al menos reconoce la importancia del libro de Cabrera —tanto lo cita— para entender los acontecimientos en los que Garro se vio involucrada en 1968.

Sorprende que estando en Princeton y frente a los Elena Garro Papers no haya revisado o citado documentos de los que mucho provecho

habría obtenido. ¿O sí los leyó y decidió ignorarlos? Pienso en la correspondencia entre Helena Paz y su padre o las cartas de Paz a su esposa cuando el poeta está en Berkeley, cuidando y manteniendo a Estrella Garro, internada en un hospital. Igualmente asombra que tampoco haya consultado las cartas de Josefa Lozano a su hijo y a Garro misma; que no se asomara a la correspondencia de Paz con José Bianco (muy amigo de Garro) o con Carlos Fuentes (con quien también conversa sobre Garro y Paz Garro, sobre todo en 1968), entre otros muchos manantiales que se secaron quizá por la inquietud que Barrera sintió al tener entre sus manos esas hojas llenas de “minucias infraordinarias”, manchas y tachones que le revelaban el carácter íntimo de una escritora a la que no había leído y que, al hacerlo, la deslumbró.

A los veintisiete años se entera de su existencia ¡en un país extranjero! No puedo ignorar mi propia historia y ofrezco disculpas a Barrera por utilizar su método de composición. Cuando en el CCH de la UNAM —escuela pública, advierto— me dieron a leer “La culpa es de los tlaxcaltecas” y, el semestre siguiente, *La semana de colores*, el nombre de Elena Garro no fue una sorpresa para mí. Mi abuelo, oriundo de Iguala, tenía veneración por ella, de modo que la leí mucho antes que a Rulfo, a Paz o a Fuentes. Siempre me pareció una escritora extraordinaria y pasado el tiempo concluí que era, asimismo, un personaje notable: “aparición poética, como solo puede producirse en países rebosantes de colibríes y serpientes”, escribió Jean-Clarence Lambert (*Les armes parlantes*, 1976), quien la conoció en sus años locos de París.

Al leer a Barrera pensé que nuestra relación con Garro era distinta porque yo no he encontrado, entre cartas y fotografías, a mis bisabuelos comunistas junto a Garro y Paz, ni mi bisabuela fue la segunda mujer que se recibió en México como tal. Mis abuelos solo fueron maestros normalistas.

Otro asunto que nos distancia es que tal vez estudiamos en escuelas muy diferentes. No obstante, para ambas ha sido un personaje inolvidable, aunque yo no habría pedido que me echaran las cartas del tarot para conocer algunos secretos de Elena Garro o, mejor, para saber cómo le irá a esta reseña. Eso me asusta un poco. La misma Barrera me hace temer por la crítica cuando comenta que alguien la previno: debía cuidarse pues a varias personas las habían amenazado por hablar mal de Paz, pero luego resultó que no, “que no fue de Paz, sino de Carlos Fuentes”. Aclara que se trató de un chisme, pero el libro pone a los chismes como materia de escritura, aunque asegure que “las intrigas son más un teléfono descompuesto que otra cosa”.

Leyendo estos últimos apuntes sobre amenazas remotas o de plano risibles, comienzo a pensar que en realidad se trata de un libro paródico con una protagonista sin matices reales: una mujer brillante, frágil, expuesta a la maldad, a la injusticia, a la maledicencia y al olvido del mundo, a la locura de sus fantasías... Tal es el retrato que se pinta de este esquemático personaje de algún mal cuento de hadas (con gatitos incluidos, políticos perversos, amantes miserables). Además de esbozar también en esos tonos a Helena Paz Garro, Barrera se decide a mostrarnos un dizque lado oscuro de la madre (aunque se cuida mucho de citar, de las memorias de la hija, las brutales descripciones que hace de Garro). Quizá para que no se le acuse de parcial, Barrera nos muestra como de paso una Elena Garro clasista (“indio asqueroso, suélteme y recoja la basura con el hocico, que para eso le pagan”), homófoba, promiscua, ávida del dinero que despilfarra, junto con su hija, en pieles y ropa de diseñador...; pero para explicar las posibles incongruencias entre la persona real y el personaje, recurre siempre a llamarla la “reina de las paradojas” –“Como era la reina de las paradojas,

a pesar de haber ella misma abortado más de una vez, en una entrevista dijo que estaba en contra del aborto, porque consideraba que el feto también tenía derechos”– o a explicar que Garro “tenía miedo y el miedo puede conducir a decir y hacer extravagancias”. Dichas *extravagancias* obligan a Barrera a expresar, siempre políticamente correcta: “no me atrevería a defender sus palabras, sus actos imprudentes e insensibles. Pero ahora comprendo mejor el estado mental en el que estaba Elena cuando Sócrates la acusó. Jamás disculparía lo que hizo, pero ahora entiendo por qué”.

En las películas animadas de algunas princesas nunca se insiste lo suficiente para denunciar a los verdugos. Barrera lo sabe y persevera en la fórmula ganadora, pero ella misma nos da la clave de su libro. No es un guion o una biografía sino una “libreta de apuntes” –lo que explicaría algunos descuidos del lenguaje–, pero la verdadera revelación aparece aquí: “Otro día soñé que Elena y Helenita eran al mismo tiempo Lorelai y Rory, las protagonistas de la serie *Gilmore girls*.”

Los lectores imaginamos que en el libro algo leeremos sobre la escritora de Garro, pero pronto nos decepcionamos. A la autora no le interesa y qué bueno, pues los atisbos que encontramos apenas si reproducen los estereotipos de la mala crítica literaria. A Barrera no le importan ni la estructura, ni la forma, ni los amplios recursos literarios en las obras de su personaje. Estamos, entonces, frente al libro de una escritora que habla de otra escritora pero que no le interesa su escritura, sino algunas partes de su vida.

Barrera reconoce que escribió el libro para hacer justicia, aunque de inmediato advierta que Garro no necesita de alguien que lo intente. Insiste, entonces, en narrarnos algunos detalles de la historia de su protagonista, mezclando noticias de su propia biografía y de la investigación que la llevó a escribir este libro. El método, pienso ahora, es suscitar la empatía por la risa

y Barrera honra muchas veces el sentido del humor. ¿Qué pensar de la lectura de la carta astral como método de investigación? Parodia pura. La astróloga encuentra las razones para entender el fracaso de la relación entre Paz y Garro: “porque él era aries con ascendente sagitario. Los dos hablaban el idioma del fuego. ¡Y para colmo, Paz tenía a Plutón en la casa siete, la del matrimonio!”. La carcajada llega en el capítulo titulado “Incorregible”, donde Barrera pide a Julián Herbert que le lea el tarot para responder sobre la vida romántica de Garro, acerca de su paranoia o sobre su relación con Gutiérrez Barrios.

Después de todo el recorrido, Barrera deduce que Garro estaba loca. No solo se lo dicen sus amigos. Ella misma asegura: “Elena no era un ejemplo de salud mental.” Luego se desdice acusando a la sociedad de utilizar esa palabra para descartar a las mujeres “sin hacerse cargo de la complejidad de sus emociones”. Le escribe un poema y, hablándole ya directamente, le dice: “para mí eres una reina de espadas y así se va a llamar este libro, para darte gusto, a ti, que preferías la monarquía, a ti que –no te hagas– te habría encantado ser una reina. Que quisiste ser una reina y acabaste siendo una bruja. Una reina bruja –que las hay también, claro que sí– perseguida y delirante, aislada del mundo con tus gatos, leyendo el tarot y las constelaciones. Te lo digo con cariño”.

“Dos años, seis meses y dos días” estuvo Barrera metida en la cabeza y en la vida de Elena Garro; poco tiempo para entender “la complejidad de sus emociones”, pienso. El resultado fue *La reina de espadas*, ejemplo de una peculiar venalidad intelectual, si no fuera un buen libro paródico. Elena Garro –la escritora, la mujer– merecía más. ~

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. Su libro *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad* (Ariel, 2020) recibió los premios Mazatlán de Literatura y Xavier Villaurrutia.